

PRESENTACIÓN

La Teología pastoral estudia la misión evangelizadora de la Iglesia.

Hoy hablamos de *misión* con significados diversos. Suele entenderse por *misión* el encargo que alguien recibe para realizar una tarea, especialmente si es enviado a otro país; o el envío de una o varias personas para esa tarea, o el lugar donde la realizan; o el objetivo que una persona entiende como deber para su vida, o la función que una empresa se propone y declara como actividad principal. Muchos de esos sentidos tienen que ver con el ámbito religioso, y especialmente el cristiano.

En conexión con la misión cristiana (anunciar la fe cristiana o extender una visión cristiana de la vida) surge el término *Evangelio*, que significa “buena noticia”, porque los cristianos anunciamos la buena noticia de la salvación.

Los términos misión y evangelización no indican exactamente lo mismo: la misión es el envío; la evangelización es la tarea concreta que la misión eclesial tiene asignada durante la historia: anunciar y extender la nueva vida que viene con el Evangelio. Por eso decimos que la misión es evangelizadora.

Al evocar estas nociones pueden surgir muchas preguntas. Por ejemplo: ¿por qué es buena noticia el mensaje cristiano?, o ¿qué queremos decir con la palabra salvación? Hay quienes afirman que el mensaje cristiano es salvador porque ayuda a resolver cuestiones y problemas importantes. ¿Sería lo mismo decir que la misión evangelizadora se identifica con trabajar por la justicia y la paz, y resolver los problemas más acuciantes del día a día? Por otra parte, todas las religiones hablan de salvación, y sus seguidores declaran tener una misión salvadora. ¿Cómo se sitúa el cristianismo en estas perspectivas?

Una tercera palabra es *Iglesia*, sujeto de la misión evangelizadora. Podría preguntarse cómo se realiza esa misión en concreto, quién se

siente responsable de ella, con qué medios se lleva a cabo. Todo ello podría estudiarse desde diversos puntos de vista: meramente histórico, o sociocultural, económico, etc.

Este es un libro de teología. Su punto de vista es la fe y la vida cristiana. Estudia la misión de la Iglesia tal como la entienden los cristianos; sin dejar de interesarse por cómo la ven los demás, sean creyentes o no, y cómo puede explicarse esa misión en un mundo de pluralismo social y religioso.

Ahora bien, incluso dentro de la teología caben diversos enfoques, no excluyentes entre sí, de la misión evangelizadora de la Iglesia. Nos referimos ahora a dos de esos enfoques.

El primero consiste en mirar la misión desde la *Eclesiología*. Es decir, como despliegue del ser de la Iglesia. A la Iglesia como “misterio de comunión” de los hombres con Dios y entre sí, le corresponde su acción evangelizadora; puesto que, durante la historia es, a la vez, misterio *de misión* o comunión *para la misión*. El estudio de la misión de la Iglesia sería así parte de la Eclesiología. La condición para ello sería una Eclesiología “viva”, cuyos elementos se entiendan en su *dinamicidad*; y que sepa comprender y explicar las *dimensiones* de ese misterio de fe que es la Iglesia, su despliegue hasta el fin de los tiempos y nuestra participación, como cristianos, en ese despliegue.

El segundo enfoque es el propio de una *Teología pastoral* en el sentido actual: teología de la evangelización o teología de la misión, tomando todos esos términos (pastoral, evangelización y misión) en los sentidos más amplios posibles. Puede decirse también: *teología de la acción eclesial*, de todo lo que hace la Iglesia, como comunidad de los discípulos de Cristo, para colaborar en la acción salvífica de Dios, teniendo en cuenta los contextos históricos, personales y socioculturales de las personas.

Ambos enfoques son igualmente legítimos e inseparables. Son dos puntos de vista, dos modos de mirar y estudiar una misma realidad y, por tanto, *en sí mismos*, complementarios. Sin embargo, tal como se vienen empleando *de hecho*, esos enfoques no son equivalentes, sobre todo atendiendo al objetivo prioritario y al método de cada uno.

Podría pensarse que la diferencia entre los dos enfoques es la acción eclesial vista “desde arriba” o “desde abajo”. Pero no es así, porque no hay misión evangelizadora que no sea a la vez desde arriba y desde abajo, como corresponde al principio o “ley de la Encarnación”. Tampoco se puede decir que hay un “justo término medio”, lo que sería una abstracción; pues todas las disciplinas teológicas, incluso las más asentadas, evolucionan, permiten perspectivas distintas y se benefician de

ellas cuando de modo complementario van contribuyendo al desarrollo de una teología consciente de sus dimensiones.

La necesidad de escoger uno de los dos enfoques es, en parte, de tipo académico. La teología es una y las distintas disciplinas no son sino “subrayados” de alguna de sus dimensiones, todas ellas bien reales, pero escogiendo alguna particularmente necesaria por motivos diversos. Y a veces esos subrayados admiten, a su vez, modos diversos.

Por tanto, volvemos al principio. Es igualmente legítimo, repetimos, en sí, estudiar la misión de la Iglesia de una o de otra manera. En cualquier caso, hoy es patente el interés por subrayar la *dimensión evangelizadora de la Teología*, que ella posee desde su mismo origen. Y no como una dimensión más, sino como aquella vinculada directamente con su finalidad: la Teología es fe (vivida) que, impulsada por el amor, busca entender. Destacar la referencia a la evangelización es necesario en el contexto actual de nueva evangelización e inculturación, de pluralismo sociorreligioso y de emergencia educativa.

Esta dimensión evangelizadora pertenece, repetimos, a toda la Teología. Y destaca en algunas materias que se han desarrollado recientemente, como la Eclesiología o la Teología espiritual.

Al mismo tiempo, es significativa la insistencia de las orientaciones contemporáneas en lo que se refiere a los estudios teológicos, ya desde el Concilio, para que se contemple, dentro de las materias fundamentales, como disciplina propia, una “Teología pastoral”.

Ciertamente, el obrar de la Iglesia puede verse como despliegue de la naturaleza y de la estructura de la Iglesia. Y también desde el punto de vista de la acción humana y cristiana, en sus contextos personales y socioculturales. Ambas cosas son inseparables, pues el *agere sequitur esse* no se entiende en un sentido temporal, sino que el ser se despliega en el obrar y, por tanto, se comprende en la perspectiva de ese mismo obrar en el que colaboramos los cristianos.

En definitiva, el consenso teológico y eclesial pide hoy un estudio con el segundo enfoque, sin descartar la legitimidad del primero. Y ello, precisamente por las características de este “cambio de época”: la situación de nueva evangelización y el pluralismo sociocultural y religioso. La teología y el Magisterio de la Iglesia subrayan la necesidad del discernimiento y también, por tanto, de la interpretación de los signos de los tiempos y de las aportaciones de las ciencias.

Por otra parte, ante la fragmentación actual de los estudios teológicos (lo que sucede en general con los estudios universitarios), se ha dicho que cabe “presentar humildemente la teología pastoral, siguiendo el proyecto del mismo Concilio Vaticano II del que todos nosotros somos herederos, como la disciplina capaz de hacer una lectura global y al

mismo tiempo complejiva del saber teológico y de la vivencia eclesial” (D. Palau Valero).

Ciertamente, en este servicio, al que la Teología pastoral puede contribuir junto con otras materias, le corresponde subrayar la dimensión pastoral o evangelizadora de toda la teología; y en ese sentido, servir de vínculo a los saberes teológicos en la dirección que hoy se requiere.

Permitásenos una palabra sobre el triple oficio de Cristo (*triplex munus*: sacerdotal, profético y real o regio). Algunos pastoralistas han rechazado ese esquema teológico como fundamento de una teología de la acción eclesial; o le achacan el obstaculizar un buen método teológico-pastoral, que vaya más allá de un deductivismo. Sin embargo, nos parece que ese rechazo puede deberse a una visión reductiva del esquema teológico del *triplex munus Christi*. Ciertamente que no lo es todo, pero sigue teniendo un notable potencial teológico si esos “oficios” se entienden de modo dinámico, como *dimensiones* del obrar de Cristo, de la Iglesia y del cristiano.

Finalmente, y por bajar a aspectos más concretos, insistamos en que no es este libro un conjunto de experiencias pastorales. Desea servir, desde la teología, a la sabiduría teológico-práctica, contando con el tiempo y la experiencia en el ejercicio de las tareas formativas que nos correspondan. Aspira a fundamentar las acciones evangelizadoras y a sembrar el hábito de pensarlas teológicamente.

Al intentar ofrecer una visión de conjunto de la misión eclesial en el contexto contemporáneo y, a la vez, limitarse a la extensión que suele concederse a esta materia, es posible que el contenido de este libro parezca excesivo, sea en extensión o en densidad, para un curso de Teología pastoral o de la evangelización.

Teniendo en cuenta las características de los alumnos –sus necesidades, formación previa y otras circunstancias–, el profesor sabrá seleccionar los temas más apropiados y el modo de presentarlos o complementarlos.

Como toda enseñanza con dimensión práctica, la Teología pastoral no puede llevarse a cabo al margen de la acción, y menos en un libro. Cabe transmitir orientaciones: principios y presupuestos, criterios y actitudes. Muchos de ellos son fruto de la fe y de la experiencia eclesial, y ayudan al discernimiento que requieren las acciones eclesiales.

Es en las clases, al afrontar con los alumnos esas acciones en sus marcos socio-culturales concretos, que en un texto no se pueden abarcar, como se podrá ir enseñando la Teología pastoral en su aspecto “pensado”. En cualquier caso, esa teología solo podrá ser completada desde su aspecto “vivido”; es decir, en conexión con *el acto mismo de su ejercicio*.

En esta perspectiva, esperamos que este trabajo pueda contribuir a la misión evangelizadora, ayudando a pensar teológicamente lo que hacemos en ella.

* * *

Este manual consta de dieciséis capítulos, distribuidos en tres partes o secciones.

La primera sección corresponde a la parte general o fundamental de la disciplina, y presenta la *reflexión teológica sobre la misión*. Después de un capítulo introductorio sobre las relaciones entre vida cristiana, evangelización y teología, se adentra en la Teología de la misión evangelizadora, para estudiar la identidad y el método de nuestra disciplina. El capítulo siguiente, sobre la acción eclesial realizadora de la misión, se remonta a los fundamentos eclesiológicos. El último capítulo plantea los retos de la nueva evangelización, sirviendo de enlace entre esta y la siguiente sección, puesto que la nueva evangelización requiere una inspiración fuertemente misionera.

La segunda sección se sitúa en la perspectiva de la *misión “ad gentes” como paradigma de la acción eclesial*. Los capítulos presentan cuestiones que jalonan el estudio de la Misionología, y al mismo tiempo son centrales para toda la evangelización: misión, anuncio, testimonio; religiosidad e increencia; conversión, inculturación y desarrollo humano integral; iniciación cristiana y formación de la Iglesia local.

La tercera sección se ocupa de *las dimensiones y del dinamismo de la evangelización*, cuyo desarrollo pleno implica la evangelización hacia dentro de la Iglesia misma, y que vuelven siempre hacia afuera, en un círculo de sístole-diástole.

Esta sección se divide en cuatro apartados. El primero enfoca la edificación de la comunión eclesial. Consta de un solo capítulo, de carácter introductorio y de importancia por sí mismo; pues, en efecto, el primer actuar de la Iglesia consiste en fortalecer su ser de comunión, que vive en las personas y en la relación entre ellas.

El segundo apartado examina *la dimensión profética* de la acción eclesial, es decir *el anuncio de la Palabra*, prolongando así el estudio del anuncio de la fe y del testimonio, vistos anteriormente. Aborda primero la predicación, la formación y el acompañamiento; y luego la educación de la fe.

Un tercer apartado se concentra en *la dimensión litúrgico-sacerdotal*, que, partiendo de la celebración, se despliega en *la vida* cristiana y vuelve siempre a la celebración. Aquí se analizan las cuestiones que se desarrollan en la acción eclesial en torno a los sacramentos: la relación

entre liturgia y existencia cristiana (o la existencia cristiana como liturgia); el cuidado de las familias y de las vocaciones; la curación espiritual y la evangelización de la enfermedad.

Por último, viene el apartado dedicado al *servicio de la caridad o "diakonía" cristiana*. Considera la acción de la Iglesia y de los cristianos desde dos miradas complementarias: el dinamismo social del Evangelio y la ordenación del mundo según Dios.